

caminada a la procreación, es decir, a la prole «in suo principio». Al contrario —concluye una vez más Fedele—, la distinción debe ponerse entre fin y esencia, entre fin y «ordinatio ad finem»; y la diferencia está en el hecho de que solamente el primero es jurídicamente irrelevante.

Si este valioso esfuerzo por sistematizar la doctrina tradicional es afortunado o no, júzguelo el lector por sí mismo. Nosotros hemos querido mostrar en estas breves líneas, con las observaciones escuetas que nos hemos permitido hacer, la posición original de Fedele dentro de la canónica italiana actual.

VÍCTOR DE REINA

KARL BIHLMAYER-HERMANN TÜCHLE, *Histoire de l'Église. Tome I. L'Antiquité chrétienne*, traducción francesa de la 17.<sup>a</sup> edic. alemana (Kirchengeschichte Bd. I. Das Christliche Altertum) por Marcel Grandclaoudon, adaptación francesa de CHARLES MUNIER (Colección «Les Précis Salvator»), 1 vol. de 564 págs., Editions Salvator, Paris-Tournai, 1962.

La obra de K. Bihlmeyer-H. Tüchle vertida ahora al francés, tiene una larga historia jalonada por sucesivas ediciones y revisiones que abarca desde el siglo pasado hasta nuestros días. A lo largo de este trayecto no ha cambiado esencialmente la orientación inicial que le diera ya en un principio su entonces único autor Francisco Javier Funck (Kirchengeschichte, Rottenburg, 1896): amplitud de cuestiones tocadas pero siempre con una gran concesión; estilo preciso, sobrio, sin concesiones literarias, sin tonalidades apoloéticas, polémicas o estéticas, sin frases ni palabras que sobran o faltan. Parece imposible que en tan poco espacio se haya logrado presentar una información suficientemente completa en resúmenes exactos como si se tratara de un libro de matemáticas o de una clarísima microfoto positivada de un negativo de finísimo grano. El resultado impresiona por su perfección y por su rigurosa precisión. No es pues ciertamente un manual amable que haga concesiones al público, ni tampoco que se adentre en consideraciones supereruditas, sino una obra seria, de información continua y tensa.

F.-X. Funk (+ 1907) fue ante todo un gran especialista en la Historia de la Antigüedad Cristiana. Parte de sus numerosos artículos fueron recogidos en vida del autor en tres volúmenes (Paderborn, 1897-1907) que todavía en muchos casos no han perdido actualidad. Además datos valiosos, textos patrísticos; recordaremos p. e. su memorable edición de los Padres Apostólicos. Su manual de Historia de la Iglesia (que se posee en Seminarios y Universidades de lengua alemana y fue traducido recientemente a otros idiomas), refleja perfectamente su gran atención hacia los más variados aspectos del Cristianismo Antiguo; en cambio, lógicamente, en el resto de la obra decae algún tanto el interés inicial. Este inconveniente fue corrigiéndose a lo largo de las revisiones, primero de K. Bihlmeyer (con quien se pasó de 1 a 3 volúmenes) y de T. Tüchle ahora, que enriquecieron la obra original de Funk hasta tal punto que el nombre del iniciador no figura ya como autor, aunque los continuadores hayan seguido fielmente la orientación primera. Acerca de la calidad de la obra hablan elocuentemente las 17 ediciones alemanas y las varias traducciones íntegras y recientes, que han conocido a su vez diversas reediciones y revisiones.

En la última edición alemana se ha basado la francesa que reseñamos, traducida por Marcel Grandclaoudon. La adaptación francesa es obra de Charles Munier, Prof. del Instituto de Derecho Canónico de la Universidad de Strasbourg y autor de varios trabajos de investigación entre los que descuellan su estudio y edición crítica de la compilación canónica conocida como Statuta Ecclesiae Antiquae acertando en señalar como autor (o mejor, ordenador) a Geennadio de Marsella (fines siglo V). La labor del adaptador ha consistido más que nada en la puesta al día de la bibliografía y en la nueva redacción de algún que otro tema (p. e. § 12, 2). La adaptación francesa ha podido beneficiarse de las últimas correcciones del Prof. Tüchle (Munich) y de la edición italiana. La bibliografía ha sido notablemente aumentada, y éste es quizá uno de los mejores servicios de la edición francesa de Munier. Hasta que no aparezca de Bihlmeyer-Tüchle una nueva edición que la perfeccione todavía más, la francesa del Prof. Munier se impondrá indudablemente a la atención de los estudiosos.

La obra se abre con una amplia intro-

## BIBLIOGRAFIA

ducción (pp. 16-51) dedicada a los propósitos, métodos y periodización de la Iglesia; fuentes; ciencias auxiliares; bibliografía. Esta introducción es ligeramente informativa, más bien pragmática y de carácter bibliográfico. La Historia de la Iglesia se concibe aquí como una «disciplina teológica que tiene como fin ofrecer un cuadro de conjunto, claro e inteligible, científicamente establecido, de la evolución externa e interna en el tiempo y en el espacio de la obra visible de salvación fundada por Cristo que llamamos la Iglesia». El propósito es pues muy ambicioso. El método será histórico y teológico a la vez, para lograr una historia, 1.º) bien informada y crítica; 2.º) objetiva; 3.º) instructiva; 4.º) de orientación religiosa. En cuanto a la división por períodos propone: Antigüedad hasta el 692 (Sínodo in Trullo); Edad Media (692-1571) con tres divisiones, primitiva (692-1073), alta (1073-1294), baja (1294-1517); Edad Moderna y Contemporánea, con tres divisiones (1517-1648; 1648-1789; 1789-1914/18). Las secciones de fuentes y ciencias auxiliares son exclusivamente bibliográficas y, bajo este aspecto reducidísimas. El resumen de Historiografía, dentro de su concisión, nos parece altamente logrado, aunque las seis líneas dedicadas a España son del todo insuficientes.

La gran masa bibliográfica citada en la introducción, si algún defecto tiene es el de su prolijidad incluyendo a veces obras que por su fecha han perdido ya interés, pero que de todas formas pueden ser útiles para conocer el estado de investigación en un determinado momento. También se observa, como es hasta cierto punto natural y explicable, alguna que otra laguna (mayores en lo que concierne a España).

Después de la introducción se entra ya en materia propia del primer tomo: La Antigüedad Cristiana (hasta el 692). Sigue el acostumbrado comienzo con un panorama del mundo pagano y otro del mundo hebraico. Creemos que la noticia sobre los esenios merece sin duda una mayor consideración; no se la puede reducir a una mención de cinco líneas, ni reenviar a media docena de trabajos todos ellos anteriores a los recientes descubrimientos sobre el tema (!). En las líneas generales se dedica una especial atención no solamente a la historia externa sino también a la organización de la Iglesia, al culto, dis-

ciplina y moral, al desarrollo de la doctrina (hereja y cismas) y a la patología. En cambio tal vez han sido tenidos en menos consideración los datos arqueológico-artísticos concernientes a la antigüedad cristiana, menos en aquellos casos en que pueden ser útiles para confirmar alguna cuestión histórica más o menos controvertida (p. e. el caso del sepulcro de San Pedro). Los testimonios tomados de los monumentos, los arqueológicos-artísticos, han sido insertados sin concederles un valor per se, en contextos más bien litúrgicos o como documentos demostrativos de la expansión geográfica del cristianismo, y siempre en caracteres tipográficos de menor tamaño.

Al arte cristiano preconstantiniano se dedica sólo una página y media (en su mayor parte destinada a la bibliografía), en la sección titulada «Eucaristía, y disciplina del Arcano y el Agape». Me parece muy dudoso afirmar que a finales del s. II existieran «Iglesias propiamente dichas» junto a los cementerios; el A. se referirá más bien a las iglesias (o mejor, «*Domus ecclesiae*») situadas en el interior de las poblaciones y que cita seguidamente (p. 171). Los más antiguos cementerios de Roma no son únicamente los de San Calixto y de San Sebastián, por lo menos hay que añadir los de Priscila, Pretextato y Domitila. La pintura de las catacumbas no comprende en su repertorio sólo temas simbólicos, sino también —y en mayor número— históricos. En la bibliografía correspondiente, sobra y falta mucho.

El arte posterior a la Paz de la Iglesia ha merecido un párrafo (§ 81, que comparte con los «objetos y vestiduras litúrgicos») relativamente aceptable en conjunto aunque su extrema concisión no permite formular nota crítica alguna (pero no podrá menos que rectificar la datación de la más célebre escultura del Buen Pastor: es de mediados del s. IV y no del s. III). La bibliografía adolece también aquí de los defectos ya señalados, sin embargo no carece de utilidad.

La parte referente a la Historia de la Iglesia en España presenta ciertamente algunas lagunas, sobre todo en lo que concierne a la época preconstantiniana. En la sección dedicada a la expansión del cristianismo, ocupa España sólo media página, en su mayor parte de orientación bibliográfica. Cita el A. como probable la

predicación de San Pablo en nuestras tierras (unas páginas antes, al tratar de las actividades paulinas lo dice como prácticamente seguro, aduciendo los oportunos documentos), no así la de Santiago el Mayor (sobre este punto, que no discute el A., la bibliografía más reciente citada es el artículo de J. Pérez de Urbel en *Hisp. Sacra*, 1952). En la sección dedicada a las persecuciones hallamos sólo una sobre la cita del martirio de Fructuoso, Augurio y Eulogio (como bibliografía señala únicamente el trabajo, por otra parte importante, de P. Franchi t' Cavalieri, de 1935); no se cita ningún otro mártir hispánico. Sorprende, en cambio, que a la cuestión de los mártires de la Legión Tebana y a la de Santa Ursula y las Once Mil Vírgenes se dedique más de una página (evidentemente porque tienen relación con los países germánicos).

La España postconstantiniana (hasta el fin del reino visigodo) es objeto de una atención algo mayor: una página para visigodos y suevos en España (en cambio, al reino franco se le dedican cinco páginas y siete a las Islas Británicas).

Notamos que en la larga lista bibliográfica sobre los visigodos figuran sólo dos nombres de autores españoles: J. M. Stalalla (*Necrópolis de Herrera de Pisuerga*) y J. Madoz (*Símbolo del Conc. Toledano*, 633). De nuevo se tratan cuestiones españolas, con suficiente amplitud dada la índole de la obra, al hablar del Priscilianismo (p. 337-338) y en las secciones dedicadas a la «constitución de la Iglesia» y a la «literatura y ciencia eclesiástica» (figuran: Prudencio, Juvencio, Martín de Braga e Isidoro con quien termina el tomo).

La presentación tipográfica es excelente, nítida. La traducción francesa nos ha parecido también impecable. Se han escapado al corrector de pruebas algunos errores de nombres en la bibliografía, en general fácilmente subsanables. Una última observación: el frecuente reenvío a otros pasajes mediante el uso de párrafos (imprescindible en este tipo de obras que tienen frecuentes reediciones), debería traer como lógica consecuencia el señalar en cada página también el número de párrafos con el fin de evitar inútiles pérdidas de tiempo en el manejo del libro.

La obra reseñada no carece de relevantes méritos. Es una Historia de la

Iglesia magistralmente ordenada, concebida e informada. Casi perfecta. Un excelente resumen (amplio en lo referente a la doctrina, disciplina y constitución de la Iglesia). Aunque ha sido adoptada en muchos Seminarios y Universidades nos parece que no es una obra apropiada entre nosotros para las escuelas, debido precisamente a su gran densidad formativa y bibliográfica. Y si se logran subsanar algunos de los defectos señalados (referentes a España en particular, y en general a la relación bibliográfica) su utilidad para los estudiosos sería aún mayor. En su estado actual, de todas formas es también una obra imprescindible.

En lengua española tenemos ya algunas valiosas historias de la Iglesia recientes, también de tipo medio, que no se estorban mutuamente debido a su distinta orientación (Bac, Rialp, Herder); a pesar de ello sería deseable que un editor español nos ofreciera un Bihlmeyer-Tüchle, adaptado a nuestra Patria, que tuviera en cuenta no sólo la última edición alemana, sino también las últimas inglesa, italiana y francesa, y las recientes aportaciones bibliográficas.

ALEJANDRO MARCOS

GIUSEPPE GRANERIS, *La Filosofia del Diritto nella sua storia e nei suoi problemi*, 1 vol. de 258 págs., Desclée & C., Roma-Parigi-Tournai-New York, 1961.

La ágil pluma del profesor Graneris, de la Pontificia Universidad Lateranense, nos presenta en esta obra un sugestivo enfoque de los problemas fundamentales de la Filosofía del Derecho, acompañado de un análisis de las distintas posiciones doctrinales que en la historia de esa disciplina se han tomado frente a los mismos.

Graneris es, sin lugar a dudas, una de las personalidades más relevantes de la contemporánea escuela iusnaturalista. Alternan su trabajo de investigación de la iusfilosofía con el de la historia y la ciencia de la Religión, habiendo realizado en este campo un singular aporte. (Vid. «La Religione nella storia delle religioni», S. E. I., Torino, 1935; «Introduzione Generale alla scienza delle religioni», S. E. I., Torino, 1952; «La vita della religione nella storia delle religioni», S. E. I., Torino, 1960).